Me levanté vivamente, y le dije con impetuosidad:

—Tenéis razón; pero para odiarle es preciso conocerle, y eso es lo que yo quiero... Venid...

Y me lancé por las escaleras, para subir a las habitaciones de mi hija.

El fondo de odio que se había acumulado en mi corazón pareció tener un objetivo desde entonces. Si en aquel momento me hubieran señalado un culpable, creo que habría tenido un consuelo.

XIII

En el instante en que ponía la mano en el picaporte para abrir la puerta, se me reunió el doctor, y me dijo:

—Estáis muy alterado, y no me parece que en esta ocasión debíais ver a María... Os dejo; pero pensad que una palabra vuestra puede hacer que su mal no tenga remedio... Hubiera deseado ocultároslo... Tengo miedo... Volvió a bajar por donde había venido, y yo entré solo.

Era ya muy tarde.

En el reloj que había sobre la chimenea daban las doce.

Yo había estado toda la noche errando por el bosque.

Marcela era la única que velaba al lado de mi hija, que parecía aletargada.

Una sola bujía iluminaba aquella vasta habitación con su luz amarillenta, formando triste contraste con los blancos rayos de la luna, que pene-

traban a través de los estrechos vidrios de la ventana.

En el gabinete contiguo a la alcoba de María habían puesto una cama, y allí envié a Marcela para que se fuese a acostar.

—Id a dormir—la dije—yo velaré esta noche a mi hija.

Marcela me obedeció a duras penas.

Después me ha confesado que mi mirada extraviada y mi aspecto feroz la habían asustado.

Había llegado a causar espanto hasta a las personas que más me querían.

Mi descuidado traje contrastaba con mi acostumbrada limpieza, y mi barba y cabellos crecidos y desordenados, me desfiguraban por completo.

Quedé solo en presencia de aquella desgraciada niña a quien no había vuelto a ver después de la violenta escena que turbó mi razón. Una idea fija me dominaba.

Quería saber, por fin, lo que tenía que temer o que esperar; conocer la verdad entera, por horrible que fuese, y obtener una confesión completa. Era mi único pensamiento.

Sin duda en aquel momento sólo deseaba arrancársela por la dulzura y el cariño, creyendo que no podría resistirse a mis ruegos y que la afección que nos ligaba sería bastante poderosa para provocar esta confesión.

Me instalé en un sillón a su cabecera, y esperé.

María dormía, pero con un sueño agitado y febril.

Sus rubios cabellos, desatados y extendidos por sus nerviosas manos, inundaban su almohada; sus ojos, cerrados, estaban rodeados de un círculo tan oscuro que parecía negro; sus labios se entreabrían para pronunciar confusas palabras.

—Bernardo... padre mío.

Marcela dejó caer al suelo un objeto en el gabinete contiguo.

Al oír aquel ruido, María despertó bruscamente y abrió los ojos.

Cuando me reconoció en la oscuridad, su fisonomía, triste y pálida, se reanimó, y una triste sonrisa se dibujó en sus labios.

La sonrisa del niño que encuentra un amigo que creía perdido.

—¡Vos!—murmuró.

—Sí, yo.

—¿Cómo no me habéis visto en estos tres días?

No quise mentir.

—He estado vagando por los bosques—le dije—, buscando el aislamiento y reflexionando sobre nuestra terrible situación.

Su frente se oscureció de nuevo.

Guardó silencio; pero su mirada tímida y asustada me interrogó.

—Escucha, hija mía—continué, inclinándome hacia ella—, nada podría sofocar la afección que tengo por ti. Eres mi hija, todo lo que yo amaba, todo lo que constituía mi orgullo, todo lo que hacía vibrar las fibras de mi corazón desencantado... Nada, pues, tienes que temer de mí... Es verdad que sufro horriblemente desde la espantosa escena que tuviste con Bernardo... La obstinación con que hace meses enteros te condenas a reclusión, sin acordarte de que tu padre está aquí, dispuesto a consolarte y a sostenerte; tu pertinacia y tu disimulo me exaltan y me hieren. Piensa que yo era muy joven cuando te quedaste sin madre, y que hubiera podido buscar alguna afección en otra parte; pero no quise nunca confiarte a manos extrañas, no quise poner entre nosotros nada que pudiese llegar a ser un obstáculo; piensa que todas mis ternuras y esperanzas se concentraron en aquel pequeño ser que Dios me dejaba, y piensa, en fin, cuál será hoy mi desesperación al ver tu alejamiento, tu despego y tu falta de sinceridad para con un padre que te ha mirado siempre como su único tesoro... De tal modo me he acostumbrado a considerarte superior a todas las demás mujeres, que en ti no concebía flaqueza ni debilidad de ningún género... Tal vez me equivocaba; pero si tú te quedas a mi lado, si tú me consagras tu vida

como yo te consagraré la mía, aun podemos ser dichosos... si bien...

—Acabad.

—Es necesario que me concedas tu confianza.

—¿Cómo?

—Diciéndome la verdad.

—¡Ay de mí!

Una amargura horrible se pintó en sus facciones, detalle que, como todos los demás de esta funesta aventura, no fijó mi atención entonces.

Hoy, en cambio, recuerdo una por una las palabras de mi hija, sus gestos más insignificantes, sus miradas...

¡Y hace más de cuarenta años que no la veo!

Mi pobre María se incorporó en su lecho con una energía que no parecía posible en ella, y levantando su cabeza, me preguntó:

—¿Cuándo os he dado lugar para que sospechéis de mí?

—Escucha—le dije, levantándome a mi vez—, sólo tienes un medio para probarme tu lealtad y franqueza... Desgarra el velo del misterio que nos envuelve, no me ocultes nada; dime la verdad, toda la verdad.

—Es que debo callarla.

—¿Y si yo exijo lo contrario?...

Era indudable que en el alma de María se libraba un rudo combate.

La pobre niña quería hablar, y una fuerza misteriosa parecía cerrarle la boca.

—Padre—me dijo con angustia inexplicable—, hace poco me recordábais vuestra ternura hacia mí... Si aun me tenéis alguna, os suplico que no me torturéis así y no insistáis más en saber lo que no puedo deciros.

—¡La verdad!—exclamé con más fuerza—. ¡Quiero que me digáis la verdad!

—¡Por piedad, padre mío!

Y María juntó las manos en actitud suplicante. En lugar de dulcificarme ante su ruego, me exasperé, exclamando:

—¿Qué odioso secreto es el tuyo, cuando así te niegas a la única satisfacción que me queda, la de vengar el ultraje recibido?... Soy tu padre, tu juez y quiero saberlo todo... Obedece.

—Pues bien, sí—contestó María—, lo diré, pero más tarde... Ahora es imposible...

—Es imposible porque tú no quieres hablar, y esto no lo consiento.

—¡Dios mío!—exclamó María—. ¡Tened piedad de mí!

—Por última vez—la dije—te suplico que me lo digas... No quiero usar de la violencia para obtener una confesión que me niegas; pero si persistes en tu negativa, todo habrá concluído entre nosotros... Por amor hacia ti, yo hubiera renunciado con gusto a cuanto me une a este país, desnaturalizando mis bienes y expatriándome, sin proferir una queja; pero lo que no puedo soportar es esta incertidumbre en que me tienes. Si continúas como hasta aquí, si no me revelas, por fin, la verdad, por terrible que sea, te haré entrega de todos los bienes de tu madre..., nos separaremos y tú te irás a vivir donde quieras... No te maldeciré, pero dejarás de existir para mí y jamás volveré a verte, ni viva ni muerta... Vamos, decídete, pronuncia el fallo... Nuestro porvenir está entre tus manos, con una palabra puedes resolverlo.

María cerró los ojos, y murmuró:

—¡No puedo!

—Entonces... ¡Adiós para siempre!

La pobre niña lanzó un gemido que me hizo estremecer.

Su cabeza cayó pesadamente en las almohadas.

Vacilé un instante y fijé mis ojos en aquel rostro lívido, descompuesto, que reflejaba una amargura y un dolor capaces de estremecer a una fiera.

Pero el orgullo del hombre es más que feroz; es indomable.

Aquella resistencia que me oponía mi hija, y a la cual estaba tan poco acostumbrado, me sublevaba.

En vano traté de adivinar las causas a que aquel ángel obedecía.

Mi imaginación se perdió en medio de las suposiciones más inverosímiles.

Desatentado, loco, salí del cuarto de mi hija, sin ocuparme siquiera de su estado, y dejándola abandonada en el momento en que caía en una de aquellas crisis terribles, que cada vez iban siendo más frecuentes en ella, alterando su débil y ya tan resentida salud.

Pasé una noche horrible.

Al día siguiente, al despuntar el alba, salí corriendo como un loco, a los bosques, porque en el castillo me ahogaba.

Cuando llegué a la carretera de Chateau Chinon, que fué donde la casualidad me condujo en mi carrera desenfrenada, oí el trote de un caballo, que por la dirección que traía debía proceder del castillo.

No tardé en divisar la noble y simpática figura del doctor Burel, que venía montado en una yegua torda y se dirigía hacia la villa.

Desde hacía algunos meses, el pobre hombre no hacía más que ir y venir, descuidando a todos sus enfermos para velar a su ahijada, a quien amaba como un padre.

Quise evitar su encuentro; pero él, que me había visto, dirigió su caballo hacia donde yo estaba, y me dijo con severidad:

—No tenéis compasión... Ya os lo he dicho, no tardaréis en llorar vuestra conducta con lágrimas de sangre.

—María...

—Está muy mal... Ahora voy a buscar remedios, que estoy seguro serán ineficaces... Sólo vuestra dulzura hubiera podido salvarla... ¡Y la habéis martirizado!... No tenéis corazón de padre.

El excelente hombre estaba fuera de sí.

Respiró con fuerza y dijo al cabo de un momento:

—Ha pasado una noche terrible... A las dos me he levantado muy inquieto y la he encontrado desvanecida... ¿Qué la habéis dicho para ponerla en semejante estado?

—Quiero que me confíe su secreto.

—Cuando ella os lo niega sus razones tendrá.

—Quiero saberlo.

—¿Qué os importa?... Lo único que debe interesaros ahora es ella. Os lo tengo dicho, y no debíais haberlo olvidado.

—Que abandone su reserva, y le abriré de nuevo mi corazón.

—¡No tenéis piedad!

—Es que se trata del honor.

—Es que se trata de su vida.

Bajé la cabeza y no respondí.

El doctor, irritado, exclamó:

—¡Que su desgracia caiga sobre vuestra cabeza!

Y espoleando su caballo, partió al galope.

Tres horas después le vi pasar, de vuelta hacia el castillo, desde detrás de unas malezas, donde me había escondido.

El doctor Burel volvía también a galope tendido, como había ido, lo cual era, en su carácter calmoso, una cosa muy extraordinaria. ¿Tan inmediato, tan urgente era el peligro?...

Sentí que mi corazón se hacía pedazos... pero aun me detuvo el orgullo.

Durante quince días apenas aparecí por mi casa, informándome del estado de mi hija como de pasada y sabiendo por mi fiel Prevot que empeoraba de día en día.

Varias veces divisé de lejos al doctor, que prodigaba sin cesar sus asiduos cuidados a mi hija.

Pero como estaba indignado ante mi conducta, no quería verme ni hablarme.

Una noche que rondaba yo al pie del castillo, con los ojos fijos en las ventanas de María, vi salir de él al señor cura de Brault.

El bondadoso anciano atravesó el huerto y vino hacia mí.

Prevot, del cual acababa yo de separarme hacía un momento, le había indicado dónde estaba.

—Señor marqués—me dijo con voz alterada—, es necesario que me sigáis.

—¿Adónde?

—Al lado de vuestra hija.

—¿Tan mal está?

El anciano eludió mi pregunta y añadió:

—Desea veros... y no podéis negarle este último favor... Venid.